

cial. Un libro importante en una colección también importante. En los últimos años, la Colección de Historia de la editorial granadina Comares, dirigida por el historiador Miguel Ángel del Arco Blanco, se ha convertido en una referencia a seguir, en un sello de calidad que no hay que perder de vista.

Carlos Gil Andrés

IES Rey Don García de Nájera

DANIEL FERNÁNDEZ DE MIGUEL: *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*; Genuève, Madrid, 2012, 442 págs.

El libro reseñado es un interesante repaso de los temas y tópicos del antiamericanismo español, en su versión más conservadora, hasta los años sesenta del siglo pasado. En el primer capítulo, dedicado a la etapa 1776-1898, el autor explica las contradicciones entre, por una parte, el apoyo interesado a la independencia de EE.UU. y, por otra, el recelo que suscitó su modelo político democrático, republicano y tolerante desde el punto de vista religioso. Desgrana cómo estas suspicacias ideológicas, junto al temor a las ambiciones territoriales y a la influencia del nuevo estado sobre la América hispana, más una conflictiva relación bilateral (Luisiana, Doctrina Monroe, México, Cuba) crearon un clima de creciente animadversión en los círculos diplomáticos, políticos y periodísticos nacionales. Este ambiente fue alimentado por el nacionalismo español, que echó mano del vínculo hispanoamericano como elemento conformador de una identidad nacional en proceso de construcción durante buena parte del siglo XIX. El autor opta por el concepto de panhispanismo, que liga a la derecha dinástica y tradicionalista, aunque tal vez merecía algún adjetivo, para no confundir al lector, porque el anhelo de restablecer vínculos con las antiguas colonias al servicio del proyecto nacional e internacional español fue una aspiración común del nacionalismo liberal.

El libro avanza exponiendo los tópicos del antiamericanismo conservador decimonónico, que desde su sensibilidad católica y monárquica, percibía la libertad de cultos y el protestantismo de EE.UU. como anticristianos y equivalentes al ateísmo; condenaba el materialismo y el mercantilismo que corroía su sociedad infantilizada, la inmoralidad de sus costumbres (incluida la libertad de las mujeres), la pobreza y vulgaridad de su cultura frente a la europea, su prepotencia y sus pretensiones imperialistas y, sobre todo, su hipócrita y demagógico modelo político, democrático pero esclavista. Estos clichés son contrastados con las imágenes positivas que los círculos de la Institución Libre de Enseñanza y del republicanismo asociaban a EE.UU.: democracia, estabilidad política, federalismo, libertad, tolerancia y modernidad en los campos jurídico, técnico, educativo o científico. No obstante, la Guerra de 1898 constituyó un extraño paréntesis porque unos y otros, con contadas excepciones, se hicieron eco de los tópicos antiyankis. El contraste entre la imagen de España como

pueblo de honor, idealista y espiritualista frente al norteamericano, avaro, cobarde, hipócrita e imperialista definió el consenso social y político hasta la derrota. Quizá el autor hubiera podido profundizar algo más en ese ambiente ideológico de fin de siglo, que llevó a interpretar la guerra como un capítulo de la rivalidad entre las razas latina y anglosajona y que agudizó la conciencia étnico-cultural hispanoamericana. De los representantes más conservadores y antinorteamericanos de esta corriente, que abogaban por una modernidad alternativa, fiel a las raíces culturales hispanas, echará mano después la derecha española en su discurso de *Hispanidad*.

El capítulo dedicado al periodo 1898-1936 analiza la continuidad de los prejuicios conservadores, a los que se suma la nueva crítica de la izquierda radical, encarnada en Araquistáin y Alberti. En esta etapa el antiamericanismo se focalizó en el temor a la expansión de una sociedad de masas materialista y tecnificada, que diluía al individuo y lo estandarizaba; el desprecio por una cultura considerada inferior, demasiado pragmática, poco espiritual, sin sentido artístico, desde una visión eurocentrista muy acusada, y el recelo hacia la moral más liberal difundida por su cine. A mi juicio también en esta etapa hubiera sido conveniente un seguimiento más profundo de las ideas e iniciativas políticas relacionadas con Hispanoamérica para evitar la simplificación de que el interés por la región era solo conservador. Así mismo, dado que el discurso franquista desde la Guerra Civil se surtió de temas e imágenes del antiliberalismo reforzado en oposición a la II República, hubiera sido interesante profundizar en el impacto de la crisis de los años treinta en figuras clave de la nueva derecha española, como el propio Maeztu, matizando más las corrientes ideológicas de lo que el autor engloba como conservadurismo. Este contexto habría sido el más apropiado para explicar la visión conspirativa que ligaba masonería, protestantismo y judaísmo, aplicada después a EE.UU.

La parte más trabajada del libro es la que abarca el periodo 1939-1953. El autor maneja los hilos fundamentales de la trama: cómo van evolucionando los tópicos antiamericanos de la derecha conservadora más tradicional y del falangismo en el contexto de la política interior y, sobre todo, exterior española, con las relaciones hispano-norteamericanas (pero también iberoamericanas) como telón de fondo permanente. Recoge la modulación desde la etapa más germanófila, con protagonismo del circuito falangista influido por la propaganda bélica alemana (anticapitalismo, antijudaísmo, valores ascéticos y heroicos españoles frente a la imagen gris del personaje de Babbitt como encarnación del norteamericano medio, hispanidad frente a panamericanismo, eurocentrismo) hasta 1942, cuando se adopta un tono más moderado, consecuencia de la dependencia de los suministros norteamericanos y de la evolución de los frentes de guerra. Solo se deja un elemento: la preocupación por el daño que la propaganda antifascista aliada había hecho a la imagen española en Hispanoamérica. Daniel Fernández relata cómo a partir de 1945 se impuso el pragmatismo en las relaciones con la potencia hegemónica occidental y desapareció el antiame-

nismo como consigna oficial, aunque siguiera presente en el discurso de los círculos falangistas menos dóciles (sobre todo de las secciones más jóvenes e inconformistas), tolerado por el juego de equilibrios entre las distintas familias políticas y utilizado circunstancialmente por el gobierno como parte de la retórica nacionalista antidemocrática de consumo interno para contrarrestar el aislamiento diplomático primero y desde 1950 las cesiones para la firma de los acuerdos militares. Los otros reductos antiamericanos serán los círculos católicos más intransigentes y parte de la oficialidad militar, aunque en este último caso, pese a los testimonios de la prensa militar recogidos, queda casi todo por estudiar: el impacto de los programas de ayuda militar en las distintas armas de las FFAA, de la equidistancia norteamericana en el tema marroquí, etc.

La última parte del libro desgrana el antiamericanismo de falangistas y católicos desde 1945, centrándose en las críticas al cine, la amenaza religiosa y a la política en Iberoamérica, aunque parte de esta última cuestión debería haberse integrado en el capítulo anterior. En la etapa del nacional-catolicismo se temió el riesgo de *americanización* de la moralidad y las costumbres, más el peligro de expansión de las sectas protestantes (sobre todo en Hispanoamérica), ligado al recelo que suscitaba la tolerancia religiosa en la Iglesia de posguerra, cómoda con la unidad católica, en especial en los círculos integristas, con el cardenal.

El libro es muy interesante. Solo hubiese sido de agradecer una mayor ambición comparativa. Aunque el autor maneja la bibliografía sobre antiamericanismo en otros países y destaca el componente hispanoamericanista como elemento diferenciador en el caso español, el lector se queda con ganas de saber más acerca de los matices que se dieron en otros países y, sobre todo, de identificar los grupos conservadores más proclives al antiamericanismo tanto en Europa como en América Latina. También un mejor aprovechamiento de las publicaciones sobre relaciones bilaterales hubiera dado pistas sobre otros temas como el impacto de las inversiones norteamericanas en España, la aprensión por la influencia de las grandes agencias de prensa yanquis, Filipinas, las imágenes de la Gran Depresión y el *New Deal*; la eficacia de la diplomacia pública estadounidense en España y sus *target groups*; las relaciones con el catolicismo norteamericano y otros sectores profranquistas y, finalmente, la otra cara del espejo, es decir, la hispanofobia estadounidense y la dinámica que esta pudo generar en la parte española. En todo caso, esperamos que Daniel Fernández dé continuidad a este sugerente estudio y se anime a abordar la etapa del final del franquismo y la transición, decisivas para entender antiamericanismo español más actual.

*Rosa Pardo Sanz*

Universidad Nacional Educación a Distancia